

Tres autores vuelven sobre personajes, momentos y episodios de su infancia, un tema sobre el cual los escritores colombianos guardan un raro pudor.

Lo cierto es que ese día no quería ir al colegio. Mamá me había llamado varias veces y de tanto hacerlo terminé por despertarme. Eran como las seis de la mañana y ya estaba aburrido. Mamá volvió a entrar, corrió la cortina y me quitó la cobija de un tirón.

—A levantarse —dijo—, vas a llegar tarde otra vez.

—No puedo ir, mamá. Estoy enfermo.

—¡No estás enfermo! —gritó— ¡Levántate, por Dios!

Agarró uno de mis pies, me arrastró hasta el baño y cerró la puerta.

—¡Tienes diez minutos para bañarte!

Y siguió gritando, al otro lado de la puerta. Decía que quedaban cinco minutos para vestirme, diez para desayunar y diez para llegar al colegio. A mí lo que nunca me cuadra es el tiempo para desayunar: yo siempre he sido muy lento para comer. A veces me demoro una hora o más almorzando y si alguien se sienta a mi lado, puedo demorarme dos horas comiendo. Y todo porque me gusta hablar, contar las cosas que me sucedieron y hacer preguntas. El otro día estuvimos con Rosa hablando sobre vampiros. ¿Nacen vampiros o se vuelven vampiros? Rosa alegaba que se volvían vampiros, es decir eran personas normales que trabajaban, comían, iban a cine y un día cualquiera los mordían y se volvían vampiros. Entonces yo le hacía una pregunta y Rosa no sabía qué responder. Volvía a empezar y yo la dejaba hablar y le volvía a hacer la misma pregunta: ¿Quién mordió al primer vampiro?

Al rato estaba en la mesa y fue cuando pensé en Altamar. Ayer por la tarde fuimos al parque infantil a despedirnos de él. No sé por qué no soñé con él. Cuando duermo siempre sueño con las cosas que me pasan en el día. Me digo: bueno Rubén, a soñar con tal cosa y doy en el clavo. El problema es que al rato de despertar se me olvida casi todo, pero cuando quiero recordarlo, apenas me levanto, tomo notas en el cuaderno que tengo escondido debajo del colchón. Es un cuaderno que tiene como título *Apuntes de religión*. El título es para engañar a mamá que vive esculcando todas mis cosas.

# Los cuadernos sagrados

Harold Kremer

Ilustraciones: Miguel Usuga



—Empieza a desayunar —dijo.

Tomé un sorbo de café. A pesar del baño y la carrera para vestirme aún no despertaba del todo y quería que el tiempo corriera para no ir al colegio. La semana anterior falté tres veces y mamá recibió una nota del rector. Fue allá y le pusieron como diez mil quejas. Llegó a casa llorando y me sentó, como siempre lo hace, en el asiento de la sala que queda al lado del equipo de sonido. Estaba harta de mis promesas, de mis disculpas, de mis mentiras.

—¿Qué pasa? Empieza a desayunar.

—No tengo hambre.

—¡Pues tienes que comer! Hay miles de niños que se cortarían un dedo por comerse este desayuno.

Me conté los dedos de la mano por debajo de la mesa. Luego, presionando en el zapato, me conté los dedos de los pies: tenía nueve. Volví a presionar y conté otra vez nueve.

—Quiera Dios que no nos llegue ese día —dijo mamá.

—Me parece una tontería —dije. Seguí presionando, contando, y logré contar diez.

—Una tontería... ¿qué?

—Cortarse un dedo por un desayuno.

Mamá se quedó pensativa. Cuando le daba por pensar, nunca se sabía con qué iba a salir.

—No es una tontería —dijo. Volvió a pensar y cambió de tema—: ¿Cuál es ese cuento que escribiste sobre el pecado venial y el pecado mortal?

—Es una composición muy bonita que hice para la clase de religión —dije.

—¡Es una blasfemia! —gritó— ¡El profesor Martín me dijo que eras el mismo demonio, que te burlabas de la religión, del padre Aparicio, de la Biblia, del Señor de los Milagros, de la basílica y de la misa!

Y arrancó a llorar. A mí no me da nada de sentimiento ver llorar a mamá. La mayoría de las madres lloran por sus hijos. Con Rosa hablábamos que si mamá no llorara, no sería una buena madre. Mi hermanita dice que ella no va a ser madre porque nunca le sale una lágrima.

—El lunes le quebraron un dedo a Altamar —dije.

—¿Qué?

—¡Que le quebraron un dedo a un alumno!

Mamá me miró con sus ojos cansados. Se secó el rostro con el delantal y dijo entre dientes algo que no comprendí. Temí otra vez que estuviera loca. Desde que papá la abandonó, mamá empezó a hablar como loca. Rosa ya me lo había dicho, pero yo no le creí.

—¡No ofendas la religión! —dijo señalándome con el dedo— ¡O te mando a encerrar a la correccional!

—Sí, mamá —dije masticando un pedazo de pan.

Ya me las iba a pagar el maricón de religión. El tipo era un cura frustrado, con gafitas redondas y voz de quinceañera. Y a mí no es que no me gusten las quinceañeras, pero con Ravagli y Floyd llegamos a la conclusión de



que son un problema. El otro día en un partido de baloncesto el hermano mayor de Cobo se le iba a declarar a una de las mellizas. Todos lo sabíamos, porque Cobo nos había contado y estábamos más pendientes de ellos que del partido. Pasó el primer tiempo y ya se iba a acabar el segundo y aún no habíamos visto nada. La pregunta que nos hacíamos con Floyd era cómo las distinguía si las dos eran iguales y estaban vestidas igual. Cuando terminó el partido y empezamos a salir, oímos la cachetada. La verdad es que todo el coliseo la oyó y todos vimos a las mellizas perderse entre la multitud y al pobre Cobo sobándose la cara. Ahí fue cuando aprendimos la lección. La melliza le había dicho que sí, pero cuando Cobo fue a besarla se equivocó y se lo dio a la otra melliza. Cuando lo vimos, tenía el cachete rojo y se le veían marcados los cinco dedos de la mano en la cara. Ninguno de nosotros se atrevía a hablar y nos dolía la cara tanto como a él. Al rato nos dijo: “Eso me pasa por meterme con quinceañeras”. Y nosotros, para ayudarlo a olvidar, empezamos a sacarle defectos: que ella tenía los dientes salidos, que bizqueaba, que tenía muchos lunares, que las piernas eran torcidas y que tenía la voz aflautada, igual a la del marica que nos daba religión. Desde entonces me empezaron a gustar las mujeres de veinte años para arriba. No es que me gusten todas, porque en cuestión de mujeres soy muy exigente, pero a mí ni me hablen de una de quince.

Mamá me puso en la calle diciendo que tenía diez minutos para llegar al colegio. Siempre era lo mismo: levantarse, bañarse, desayunarse y al colegio. Mi hermanita se levantaba más temprano porque entraba a estudiar a las seis y media. Iba a ese colegio espantoso de las Teresitas donde los pupitres eran muy pequeños y tenían que encogerse o sentarse de lado para poder escribir. Una vez le oí decir al doctor Manuel que casi todas las

estudiantes de ese colegio tenían problemas en la columna vertebral. Caminaban medio torcidas, medio ladeadas, medio paralizadas, medio tísicas. Por fortuna mi hermana Rosa dormía sin almohada y era la estudiante más derecha de ese colegio.

Estaba yo, camine que camine, con el desayuno atravesado en la garganta, con ganas de quedarme por fuera del colegio, cuando volví a recordar a Altamar. Le tenía simpatía porque el gordo, para hacerse mi amigo, me había regalado una pareja de peces de colores. Me dijo que se los había robado en piscicultura. Todos los días me preguntaba por ellos y algunas veces me traía comida para echarles. Lo que yo nunca le conté fue que al día siguiente amanecieron muertos. Entonces le decía un montón de mentiras: que habían crecido, que estaban gordos, que todos en la casa vivíamos pendientes de ellos, en fin, que era lo más maravilloso que me había sucedido en la vida. El gordo me adoraba.

Oí el primer toque de campana y corrí. Faltaba media cuadra y yo era bueno para correr. Le ganaba a cualquiera, menos a Cobo y a Ravagli. Entré con el tercer campanazo. El rector me miró frunciendo el ceño y empezó su discurso. Habló de los malos alumnos, los delincuentes sociales y las malas costumbres. En las filas estaban D'Avino, Floyd, Ravagli, Cobo, Pajizo Castro y Comemierda Rengifo. Faltaba Altamar. El rector correctamente vestido, el hombre de los zapatos perfectamente limpios hablaba del gordo. No había pronunciado su nombre pero todos sabíamos que hablaba de él.

Ayer por la noche, después de la despedida, estuvimos hablando de Altamar y yo conté lo de los pececitos. Nos acordamos de cómo se nos acercaba en el recreo y se quedaba callado. Siempre nos daba regalos y nos ayudaba en las tareas. Tenía la cara hinchada de tanto comer y el labio de abajo más grande que el de arriba. Cuando lo conocimos, lo primero que le dijimos fue que no se nos acercara. Creíamos que nos espiaba y vigilaba para ir a acusarnos a la rectoría. Un día lo cogimos y lo metimos al baño.

—¿Andás de lambón? —le preguntó Cobo.

Nos gustó que no llorara. Nos gustó el gordo Altamar, allí acorralado, diciéndonos que quería entrar a la gallada y que odiaba a los de la Cruzada cristiana. Lo dejamos encerrado mientras hablábamos y decidimos que entraba a la gallada si le robaba los cuadernos a Comemierda Rengifo.

Rengifo era, según el rector, el alumno más brillante del colegio. Todas las semanas, desde que lo conocíamos, había izado la bandera. Todos los días llegaba temprano, bañado, peinado y con los zapatos embolados. En las reuniones de padres de familia exponían sus cuadernos, con la letra parejita, escritos con estilógrafo, sin una sola mancha, bien forrados y con los bordes superlimpios. Los padres pasaban con sus hijos y se oían frases como “excelente estudiante, hermosa letra, deberías ser como él”. Y Comemierda era admirado por todos los padres de familia, los curas, la policía y el alcalde. Todos los años, en la última izada de bandera, el rector anunciaba que Diego Fernando Rengifo donaba los cuadernos al colegio. Y todos aplaudían. Los profesores, con regla en mano, se paseaban por las filas obligando a los alumnos a aplaudir. Los de la Cruzada cristiana

gritaban vivas a su presidente y el colegio volvía a aplaudir. Entonces hablaba Comemierda, diciendo que era un honor, que le dolía desprenderse de los cuadernos, que la mamá se había quedado llorando. Y todos volvían a aplaudir.

—¿Robarle los cuadernos? —nos preguntó Altamar abriendo los ojos.

—Si querés, te ayudamos —le dijo Cobo.

Altamar nos dijo que no, que eso lo hacía solo.

Era difícil, muy difícil. Rengifo nunca soltaba la maleta y nunca le prestaba nada a nadie. Tampoco usaba el pupitre para guardar los cuadernos. En el recreo andaba con la maleta y, cuando iba al baño o a clase de educación física, la dejaba en la rectoría.

—Si querés, te ayudamos —le repetí.

Nos miró uno a uno, nos dijo que no, y salió abriéndose paso desde el sanitario.

—Eso lo hago yo solo —dijo.

Tres días después entró el rector gritando al salón. Se llevó a Altamar para la rectoría. Afuera alcanzamos a ver a Comemierda, la mamá, el papá, los hermanos, la abuela, los tíos. El colegio se silenció. Los profesores murmuraban en los pasillos. Fui haciendo la maleta. Ravagli, Cobo y los demás también empezaron a hacerla. En cualquier momento entraba el rector con la policía y nos expulsaba del colegio. Los de la Cruzada cristiana empezaron a murmurar y a señalarnos. Cobo le pegó un coscorrón a Pajizo Castro y se quedaron callados. De pronto entró Altamar. Venía sonriendo el gordo. Nos hizo un guiño y se sentó en el puesto a hacer tareas. En seguida entró Comemierda, llorando, y luego el profesor.

Altamar tenía los cuadernos escondidos en la casa, debajo de la cama. Al principio no queríamos ni tocarlos, pero fue Altamar quien empezó a tirarlos por el aire, a pararse sobre ellos, a arrancarles las hojas. Los despedazamos y al final se veía tanta basura que decidimos hacer una hoguera en el patio. Aquello parecía la zarza ardiendo de la Biblia. El gordo Altamar fue por una jarra de limonada fría.

—¿Cómo lo hiciste, gordito? —preguntamos en coro.

El gordo repartió los vasos, sonrió con su cara gorda y nos dijo que era un secreto.

—Por eso, gordo: ¿Cómo lo hiciste?

—El compromiso —afirmó sentándose en el suelo— fue robarme los cuadernos. Y ahí están —dijo señalando las cenizas.

—Gordo, gordito, gordiflón, nosotros somos tumbas.

—Secreto es secreto —dijo.

Y volvió a negarse. Se bebía la limonada mirándonos a través del vaso sudado. Cobo fue al patio y revolvió la ceniza con los pies. Nos fuimos acercando y sabíamos que el gordo nos miraba por el vidrio del vaso. Cobo lo agarró por la camisa:

—¡Gordo maricón! ¡El compromiso era que nos dijeras...!

El gordo levantó la voz para que lo oyera todo el vecindario.

—¡El compromiso era que me los robara!



Agarramos a Cobo y lo arrastramos al patio.

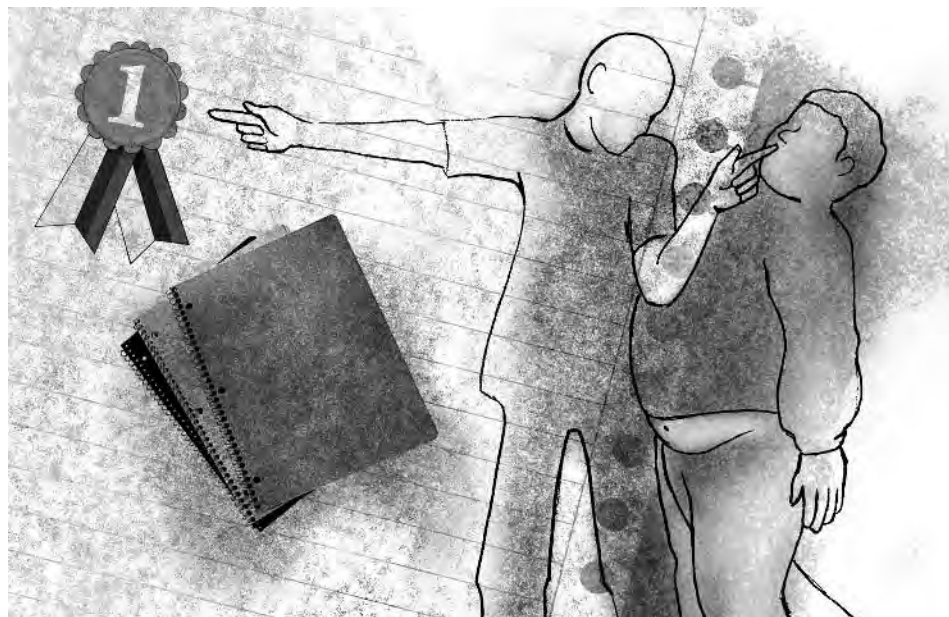
—El gordo tiene razón —dijo Floyd.

Cuando nos calmamos, Altamar se acercó hasta nosotros y nos dijo:

—Me ayudó una dama —y se sirvió otro vaso de limonada.

Al rato nos preguntó si sabíamos guardar secretos y todos juramos que sí, que claro, que éramos unas tumbas, y Floyd y Ravagli, cada uno y por separado, juraron por sus santas madres que guardarían el secreto. Y a D'Avino —que no quería nada de nada a la mamá y menos al papá— y a mí, también nos tocó jurar —“por mi santa madre”, dijimos cada uno y por separado— guardar el secreto.

Era la primera vez que oíamos la palabra “dama”. Ella le debía un favor al hermano del gordo —era dinero— y, además, estaba enamorada de él. Altamar le dijo que le iba a ayudar, que le iba a hablar a su hermano cosas lindas de ella y que le iba a contar todo lo que quisiera saber sobre él. Pero lo más bonito de toda la historia era que el hermano de Rengifo estaba enamorado de la “dama”. “Fue fácil”, nos dijo Altamar. A la rectoría lo llamaron porque Comemierda Rengifo alguna vez la había visto hablando con él.



El rector seguía hablando a gritos sobre los malos estudiantes, los anticristianos, los comunistas, los criminales y finalmente pronunció el nombre de Altamar, y leyó una resolución firmada por todos los profesores expulsándolo del colegio.

A Altamar lo expulsaron porque le cogieron la colección de almanaques con mujeres desnudas, que escondía en un bolsillo secreto del maletín. A veces, en el patio se las mostrábamos, a cambio de la lonchera, a los es-

tudiantes de primero. Y cuando los profesores no vigilaban el recreo las alquilábamos a la entrada de los baños. Yo no creo que esos muchachos de 7 y 8 años pudieran tirarse una paja como lo hacíamos nosotros, los grandes, los de Quinto de primaria B. A mí casi no me gusta mirar almanaques de ese tipo. Y no me gustan porque mi primo José una vez me explicó que las tetas de esas mujeres eran infladas: les aplican una sustancia y ahí mismo les crecen. Y a mí, para ser sincero, me gustan las tetas normales, es decir, medianas, ni grandes ni pequeñas. El día anterior estábamos en clase de Ciencias cuando el rector entró con el coordinador. “Se perdió un estuche de geometría del estudiante Roa, de Tercero de primaria C”. A todos nos tocó abrir los maletines. Y fue entonces cuando encontró los almanaques.

A Altamar lo sacaron del salón a empujones. Lo llevaron a la rectoría y allí lo masacraron: le dieron como veinte reglazos y le quebraron el dedo. Luego lo enviaron a la casa por la mamá. Ya sabía que lo iban a expulsar porque fue a la biblioteca y le dijo a doña Lucrecia que el rector la necesitaba, y cuando se quedó solo cerró la puerta, prendió los parlantes y habló por micrófono a todo el colegio: “Señores estudiantes, ha llegado el momento de comunicarles varias verdades: la primera, que el rector es uno de los más grandes maricas de Buga, la segunda que el coordinador es un mamón y la tercera, ya conocida por ustedes, que los profesores de religión y estética les tocan el culo a los estudiantes de la Cruzada cristiana. Señores estudiantes: este es un colegio de maricas. Cuídense y no se dejen acariciar...”. Luego oímos un golpe durísimo por el micrófono y la voz del rector diciendo que los profesores siguieran en los salones dictando las clases.

Así fue como expulsaron a Altamar. Ayer nos dijo que el papá se lo iba a llevar a vivir a Pereira, lejos de la mamá. También nos dijo que para las vacaciones de junio venía a visitarnos. Apenas ha pasado un día y de verdad que Altamar nos hace falta. Mientras el rector sigue hablando yo cierro los ojos y pienso en el gordo y lo veo con el dedo enyesado sentado en el parque infantil. Anoche decidimos quemar el carro perfectamente limpio del rector. Un amigo de bachillerato nos va a enseñar a hacer esas bombas molotov que los estudiantes de la universidad le tiran a la policía. Y cuando las llamas crezcan, Altamar estará otra vez cerca de nosotros. ■

*Harold Kremer (Colombia)*

Escritor colombiano nacido en Buga, Valle del Cauca. Licenciado en Literatura e Idiomas de la Universidad Santiago de Cali. Ha sido ganador del Premio Nacional de Cuento de la Universidad de Medellín, Premio Casa de la Cultura de San Andrés y del X Concurso del Cuento Breve del Municipio de Samaná. Entre sus obras publicadas se encuentran: *La noche más larga*, *Rumor de mar* y *El combate*; además, ha sido compilador de antologías de cuentos vallecaucanos y colombianos.